

Hecho en América: La formación del evangelismo americano moderno

Reseña de *Made in America: The Shaping of Modern American Evangelicalism*, por Michael Scott Horton (Grand Rapids: Baker, 1991) 198 páginas.

Por Roger Schultz

Contra Mundum, No. 1, Otoño 1991

Copyright 1991 Contra Mundum

En los países civilizados, dijo una vez Benjamín Franklin, no es necesario golpear a tu madre para demostrar tu hombría. *Made in America*, de Michael Scott Horton, se lee mejor como este tipo de ejercicio y sería más apropiado titularlo "el destrozo del evangelismo americano". A pesar de sus puntos buenos, el libro parece otro ejemplo del de los neo-evangélicos contra la derecha evangélica.

La intención del libro y los presupuestos teológicos básicos son sólidos. Argumentando que la tradición evangélica, que fue originalmente reformada y constantemente de acuerdo con la Palabra de Dios, se ha "calcificado en un conservadurismo bajo que evita la corrección y demasiado orgulloso para el autoexamen", Horton espera examinar la relación entre "las enseñanzas bíblicas y las realidades contemporáneas... que dan forma a los evangélicos estadounidenses" y dirigir una "peregrinación" de vuelta a un evangelismo digno de su herencia apostólica. Horton, antiguo estudiante de Westminster y actual predicador Episcopal Reformado, jura lealtad a los principios reformados, admira a B. B. Warfield, J. G. Machen y el viejo Princeton, y apoya la inerrancia bíblica, la verdad proposicional y la ortodoxia teológica.

Horton acusa al evangelismo de estar inundado de problemas: racionalismo, individualismo, pragmatismo, secularismo, pietismo, experiencialismo, y consumismo, y ha creado una religión fetiche privatizada y personal sin impacto en el mundo moderno. (Aunque Horton claramente se siente incómodo con la forma en que la Nueva Derecha está tratando de cambiar el mundo moderno). Mucho de esto es cierto y da que pensar. Pero en lugar de fundamentar a fondo sus acusaciones, Horton se contenta con resoplar y lanzar shibboleths evangélicos. Por ejemplo, ¿qué es esa "religión civil" de la que se supone que los evangélicos son culpables? Horton no define en ninguna parte este término, sobre el que se ha escrito mucho, y lo equipara ingenuamente con el pragmatismo religioso. (pp. 52, 164)

Made in America incluye un tratamiento grandioso y omnisciente del pasado, que recuerda el enfoque de la historia de Schaeffer, pero carece de las agudas percepciones teológicas y culturales de éste. Horton repasa cientos de años de historia americana y europea en unas pocas páginas, aparentemente sacadas de sus apuntes de clase de Cívica Occidental. Hay un tema dualista: la teología racional es buena, el emocionalismo es malo. Los puritanos fueron malos, ya que al hacer hincapié en las experiencias de conversión, forzaron un pacto a medias, y por tanto la secularización. Pero el Gran Despertar fue bueno, porque su emocionalidad y sus experiencias de crisis fueron impulsadas por los elocuentes y bien razonados sermones de Jonathan Edwards. La Revolución Americana fue mala, argumenta Horton, apoyándose en la manida tesis de Wheaton sobre una "América no cristiana", porque la fe de los padres fundadores "no era una fe bíblica, sino una mezcla de deísmo ilustrado, arminianismo y las huellas secularizadas de la antigua fe bíblica". (p.35) La Ilustración fue, por supuesto, mala, aunque para demostrar lo podrida que estaba, Horton insiste en sacar a relucir a Voltaire, que tuvo poca influencia en América y ciertamente muy poca en el desarrollo del evangelismo. Y lo peor de todo es el Segundo Despertar, en el que el evangelicalismo fue corrompido sin remedio por Charles G. Finney y el arminianismo rampante. Aunque la evaluación que hace Horton de este Despertar es probablemente correcta, hay que tener

en cuenta que *The Democratization of American Christianity*, de Nathan Hatch, ofrece una perspectiva muy diferente de este período.

Las buenas reflexiones sobre la religión estadounidense que ofrece Horton se ven a menudo eclipsadas por casos de ataques a los evangélicos. Al hablar del consumismo cristiano, por ejemplo, Horton sugiere que hemos cambiado la relación creador-criatura por la de productor-consumidor. Procede a arruinar su buen punto de vista quejándose de que Billy Sunday garantiza conversiones a "dos dólares por alma", y de que D.L. Moody es sólo un vendedor de zapatos, que "sólo cambió de producto". Criticando el énfasis en el crecimiento de las mega-iglesias contemporáneas, añade una sección sobre el "Programa de contracción de la Iglesia de Jesús", aparentemente divulgando una suposición amilenaria de que las verdaderas iglesias declinarán y desaparecerán.

Lo que realmente molesta a Horton, que editó *La agonía del engaño*, es la derecha evangélica y el "televangelismo" de la iglesia electrónica. Y esta gente es un blanco fácil. Todavía usan Brillcream, llevan poliéster en lugar de tweeds de lana, nunca hablan de B.B. Warfield y pronuncian a Jesús con tres sílabas. Sin embargo, uno se pregunta si realmente forman parte de la corriente evangélica. Fuera de los círculos pentecostales y carismáticos, ¿qué influencia tienen Kenneth Hagin y Kenneth Copeland? ¿Cuántos evangélicos suspiran por Robert Schuller (el único objetivo no fundamentalista de Horton de la iglesia eléctrica)? Horton guarda un poco de las críticas de Nueva Era del tipo Davidi Hunt para Pat Robertson, acusándolo de aceptar el "nuevo paganismo", "negar la realidad de la materia por completo", y "respaldar la filosofía de 'la mente sobre la materia' del Trascendentalismo", todo porque Robertson acepta la fórmula $E=MC^2$ de Einstein.

Los que esperen una crítica tan vigorosa de los evangélicos de la corriente principal se sentirán decepcionados. Horton no tiene nada que decir sobre iconos como Wheaton College, *Christianity Today* o Ronald Sider. Cuando Horton consigue un objetivo digno, como Clark Pinnock, se desanima y retrocede ante el objetivo. Pinnock, un evangélico autoproclamado y conocido a nivel nacional, es un arminiano notorio, que supuestamente ha abandonado las doctrinas bíblicas de la inerrancia y el infierno. Tras señalar que Pinnock se inclina por la Teología del Proceso, Horton abandona el tema. Evidentemente, es más fácil burlarse de los predicadores de la televisión que criticar a la izquierda evangélica.

Y gran parte del análisis de Horton depende de la izquierda. Sus principales fuentes tienen una orientación sorprendentemente portuaria: Michael Harrington, Richard Hofstadter, H. Richard Niebuhr, Martin Marty, Gary Wills, Harvey Cox y Mark Hatfield. Sólo hay un evangélico en el grupo, y es uno de los más débiles. La técnica habitual de Horton es presentar a uno de estos autores y explicar tediosamente lo que ha dicho. (Si quisiera saber lo que dice Harvey Cox sobre todo, compraría su libro).

El estilo de *Made in America* es uno de sus problemas más flagrantes. ¿Por qué la apelación aduladora a todos estos expertos? (¿Y desde cuándo C.S. Lewis es un experto en puritanismo?) Las largas cadenas de citas recuerdan a un trabajo de fin de curso. Al igual que la naturaleza repetitiva de los capítulos. ¿Cuántas veces hay que recordar que Hofstadter recibió un premio Pulitzer, o qué significa "calminiano", o que Moody era vendedor de zapatos? El libro está lleno de molestos fallos. (H. Richard Niebuhr enseñó en Yale, no en Harvard. Baker debería haber editado este libro con más cuidado, tanto para limpiar las erratas como para reducirlo a la mitad de su tamaño actual.

Aunque intenta ofrecer una perspectiva fresca y bíblica sobre temas de actualidad, Horton repite inevitablemente la línea evangélica estándar sobre política social. Los verdaderos cristianos, se nos dice, se opusieron a la esclavitud en el siglo XIX, tuvieron opiniones progresistas sobre Watergate, Vietnam y el movimiento de los derechos civiles en los años 60 y 70, y se pronuncian contra el apartheid y la falta de vivienda en la actualidad. Y cuando Horton tiene la oportunidad de aportar

una perspectiva bíblica a los temas de actualidad, se escabulle al modo de *Christianity Today* para que nadie lo confunda con los defensores de la Biblia. Escuche a Horton sobre el aborto y la relevancia contemporánea de la Biblia:

La Biblia no nos ofrece soluciones sencillas a nuestros males políticos, financieros o físicos. Muchos de nosotros, me temo, caemos en la idea popular de que incluso los dilemas políticos más intrincados tienen una solución sencilla presentada en forma de eslogan o versículo bíblico. Por ejemplo, el aborto es el holocausto de nuestra generación; sin embargo, por un lado condenamos el aborto y por otro lo fomentamos ignorando los factores económicos y sociales que contribuyen dramáticamente a dicha alternativa.

Esto es una jerigonza evangélica estándar. Por mucho que odie el pietismo, Horton avanza repetidamente el argumento pietista común entre los evangélicos de que la Biblia trata de las relaciones, principalmente de la relación de uno con Dios, y tiene poco que decir sobre los problemas de la vida o sobre cómo arreglar la sociedad.

Horton tampoco tiene claro cómo la Biblia va a arreglar la iglesia. A veces insiste en que la iglesia es demasiado emocional y orientada a la experiencia; otras, que la iglesia es demasiado embriagadora y racionalista. Cuando, por ejemplo, sólo una estudiante de una escuela fundamentalista dijo haber oído hablar de la "justificación", Horton concluyó que el principal problema del cristianismo era la ignorancia de la teología. Dos páginas más adelante, Horton opinó que los cristianos están demasiado preocupados por tener una visión "correcta" de Cristo, y que están "tan preocupados por aprender sobre Dios que [se] vuelven fríos e insensibles a Dios mismo". (pp. 153, 155) ¿Cuál es el problema? ¿Demasiado pietismo emocional? ¿Demasiada doctrina? Tal vez ambas cosas. Si es difícil identificar el problema, será difícil ofrecer una solución. Para Horton, la respuesta a nuestro dilema está en una religión más sincera y sentida (sin duda es cierto, pero no es una observación innovadora), en el aprendizaje del Credo de los Apóstoles y en el uso del Libro de Oración Común.

Me llevó un tiempo entender por qué me decepcionó tanto este libro, especialmente porque comparto tanto la fe reformada de Horton como su preocupación por la dirección de la Iglesia de Cristo. Supongo que es porque *Made in America* me recuerda mucho al evangelicalismo. Al igual que los evangélicos, el corazón de Horton está en el lugar correcto, y sabe lo que cree, pero está demasiado confundido para articularlo. En resumen, no recomiendo este libro, a menos que quieras un ejemplo de primera mano de lo que está mal en el evangelismo americano moderno.